

# TEORIA DEL SUICIDIO

## PARA UNA ANTROPOLOGIA FILOSOFICA

Por **PEDRO CABA**

*“Es claro que los impulsos de matar o de morir pueden ser contrarrestados o fortalecidos y estimulados, por representaciones y convicciones éticas, sociales, religiosas, y ni el asesinato ni el suicidio son frutos inevitables”.*

### El suicidio ante la ciencia

El suicidio, como acto genuinamente humano, ha sido objeto de meditación por parte de sociólogos, moralistas, juristas, historiadores, psiquiatras y filósofos, pero, con mucha frecuencia, con escaso cuidado sobre la sustancia misma del fenómeno. Sin duda es algo de difícil interpretación para lo que no se dispone del recurso del método comparado del suicidio entre el animal y el hombre, pues el animal no se suicida aunque se diga del escorpión o del pelícano. Se ha hecho el estudio diferencial del caso entre razas, pueblos y épocas y diversos de la historia, pero no por eso se ha llegado a una interpretación clara, honda y decisiva, cosa que, en fin de cuentas, ocurre con todos los hechos humanos, cuando se investiga en ellos con rigor y profundidad.

El teólogo y el moralista nos dicen, no sólo que el suicidio es un pecado, sino también que el suicida es un desesperado que ha perdido la fe en Dios. Y la fe no solo es caridad para todos, sino confianza y esperanza en Dios, y el desesperado nada espera ni en nada confía ni a nadie ama, pues no se ama ni a sí mismo, ya que no quiere conservarse, sino destruirse. Esto quiere decir que el suicida es un **des-graciado**, un abandonado de las migajas de la gracia divina, un “dejado de la mano de Dios”. Y ello es verdad. Pero esto es mas bien un juicio moral o valorativo que un análisis del fenómeno que se estudia, pues aquí no se nos dice nada de cómo hemos de entender el suicidio en su estructura real ni qué móviles se ponen en juego.

Los filósofos, en general, han rehuído tratar el tremendo pro-

blema del suicidio. Ni siquiera los que trabajan para una "Antropología filosófica" o una "Filosofía antropológica" han creído que debían incluir, en una ontología de la vida y de la muerte, la fenomenología o la psicología del suicidio. Extraña un poco que en la filosofía existencial se soslaye un tema tan dentro de su problemática como ése. Ni Jaspers ni Heidegger acogen el tema. Sólo recuerdo a Sartre, que hace unas alusiones sueltas, y a Marcel, que habla del suicidio como una situación límite con pérdida de la esperanza. También los filósofos moralistas y poetas y literatos, medio filósofos y en trances mediatubundos, han solido tratar el tema desde un punto de vista entre ético y filosófico. Por ejemplo, Marcial, el bilbilitano, opina que hay momentos en que el hombre debe suicidarse: cuando la vergüenza, el deshonor o la ignominia de una acción nuestra lo demanda, pues más valentía se precisa para arrastrar ese deshonor que para suicidarse:

"Rebus in adversis facile est contemnere vitam;  
Fortiter illę facit qui miser esse potest".

Son ideas catonianas que ya se hallan en Cicerón. Séneca (que tenía alma de suicida y creo que tal vez se hubiera suicidado sin que Nerón se lo mandara) veía en la muerte una salida a la libertad, y en la muerte voluntaria cierta entereza estoica loable. En la Epístola LXX dice: "Un punzón basta para abrir el camino de esa gran libertad, y este descanso solo cuesta un momento". Y en el tratado "Sobre la ira" (III, 15), aconseja al que cae en manos de un tirano o a aquel cuyo amole le hace "comer entrañas de sus propios hijos": "Por qué gimes, insensato?... Ves aquel precipicio? Por allí se baja a la libertad. Ves ese mar, ese río, ese pozo? En el fondo de sus aguas está la libertad. Ves tu cuello, tu corazón? Son salidas para huír de la esclavitud". En fin, el final de la "Consolación a Marcia" es felicitar a ésta porque su hijo, que ha muerto, ya conoce el descanso y la felicidad. Fáciles de encontrar son textos del mismo estilo en Epicteto, en Montaigne o en Quevedo.

También muchos psicólogos superficiales discuten si el suicidio es o no una cobardía y si hay casos en que es plausible; estimándose, en general, que salvo ocasiones extremas, en que el honor en entredicho lo impone el autohomicida ejecuta una mala acción al huír o desertar ante los problemas que se le presentan como nudos, en vez de reaccionar con arrojo, con **denuedo**, pues "de-nodare" significa eso, romper nudos. Pero tal razonamiento no es propio de psicólogos, sino de teólogos, moralistas y filósofos-literatos. Además, ni todos los cobardes reaccionan así ante la vida dura tramada de problemas y dificultades, ni el suicida responde con la huída, sino con el ataque, pues si no fuera más que huída, debiera quedarse inmóvil e indefenso ante la realidad hostil hasta dejarse morir, pero no pasar al atentado o ataque contra sí mismo, que es una forma de agresión y exige algún **denuedo**. En todo caso, con llamar "cobarde" al suicida, no se ha aclarado ninguna interpretación psicológica del suicidio.

De modo análogo juristas y legisladores, recogen el hecho, lo estudian a la luz de las teorías y lo engranan y articulan en un cón-

go, con una tipificación y hasta una sanción penal para el que fracasa en su intento de suicidio y para el que coopera con el suicida. Al fin es un hecho no solamente inmoral, sino también antisocial, así por lo que tiene de ejemplo negativo, como por lo que supone de ataque a un miembro de la sociedad jurídica y moral. Hay códigos penales que no penan el suicidio ni siquiera en su frustración, pero lo frecuente, al menos en códigos modernos, es que se castigue en sus formas de frustración y además establezcan penas para los que cooperan al suicidio de otro, aunque el móvil de colaborador sea de origen piadoso o compasivo, por ejemplo, ayudar a un enfermo desahuciado por los médicos a que se suicide. Pero nada de esto llega a la raíz del problema que nos ocupa, que es determinar cuál es la estructura anímica del suicida en el momento del atentado contra sí mismo, investigación que, naturalmente, no es incumbencia del legislador, aunque sí debe preocupar un poco al jurista.

También los historiadores han tropezado con el fenómeno social y psicológico del suicidio. Durante el romanticismo romano hallan suicidas en Lucrecia, Bruto, Catón, Cleopatra, Propercio, Lucrecio, Séneca, Lucano y miles de ciudadanos innominados más. Y en el del siglo XIX son tantos los suicidios (Kleist, Nerval, Larra, Ganivet, etc.) y tantos los que intentan sin lograrlo (Goethe, Musset, Verlaine, Poe, Baudelaire, Hoffmann, Schumann, etc.) que, por entonces se llegó a decir de Portugal: "En este país, sólo los tontos no se suicidan". Pero los historiadores han endosado la interpretación del hecho a la sociología y se han limitado a atribuirlo a la corrupción de las costumbres, la descomposición de la moral social y la ruina de la familia. Todo lo cual es vago e insuficiente porque siempre queda por explicar por qué, en determinados momentos de la historia se produce esa crisis de la familia como institución y esa corrupción de las costumbres, faena que los sociólogos han creído que correspondía no a ellos, sino a los historiadores.

× Los sociólogos sí han estudiado el suicidio, aunque casi siempre, ladeadamente y como sin ganas. Como unas veces la sociología se identificó con la economía social (Manheinn, Laski, Röpke, etc.), y otras, con la antropología más polinesia (Frazer, Erich From, Guillermo Reich), o con la geopolítica (Ratzel, Kjellen, Macknider, Helpanch), se comprende que, para unos, el suicidio es un "fenómeno social" que queda explicado por una curva estadística en relación con el hambre, el paro, y otras formas de crisis económicas; para otros se debe a influencias del medio geopolítico (Helpach y antes Taine y Ferrri, y tantos más); o bien, en un alarde de "psicología social", se nos dice que el suicidio se debe a imitación (Tarde, Durkheim), a contagio psíquico (Scheler, Pareto, Oppenheimer) o simplemente el hastío y el cansancio del vivir, a lo que se llamó —aludiendo al siglo XIX— "mal del siglo", esto es, al hastío, al "ennui", el cansancio de vivir, el "tedium vitae" como si el cansancio de vivir no exigiera a su vez, una justificación científica. Desde Comte, la sociología buscó siempre la observación "positiva" de hechos y fenómenos sociales, hasta permitir el enunciado de leyes generales válidas para toda agrupación social en cualquier tiempo. Ahí está la de los "tres estados" del mis-

mo Comte, la tonta "ley de saturación criminosa", tímidamente enunciada por Ferri y certificada, luego, por Tarde y Lacassagne, según la cual, cada grupo social se satura cuando alcanza determinado índice delictivo, de modo que cada pueblo, en cada época **permite** cierto número de suicidios y nada más; la ley de Marx que enuncia que en toda sociedad, la concentración de la riqueza industrial trae la corrupción y caída del capitalismo; la ley de la masificación y proletarización, y la ley histórica de que cada "siglo sale a su abuelo", ambas de Wilhem Röpke etc. etc. Y así también se ha descubierto que el porcentaje de suicidas varones es mayor que el de mujeres; que en primavera y principios de verano, sube la curva estadística de suicidas, en relación al invierno; que en Finlandia hay menos suicidios que en Mozambique, y en tal época de la historia menos que en tal otra, todo lo cual tiene proporciones importantes de verdad. Pero es innegable que la sociología así entendida, trabaja con medios demasiado toscos para interpretar hechos humanos tan sutiles como el suicidio.

Hay otro tipo de sociología que, por ser más filosófica, dispone de técnica más fina, pero entonces es también más filosófica, más abstracta, y no desciende a intentar hechos demasiado singulares y concretos como el suicidio. Tal ocurre con la sociología de un Jaspers, de un Ortega, de un Toynbee, del mismo Simmel que ha estudiado con agudeza máxima realidades sociales muy concretas en su "sociología". Y es que la sociología está falta de una interpretación psicológica del hombre, así en lo singular como en lo colectivo, pues si la sociología misma tiende a ser hoy una psicología de lo colectivo y social, hay que recoger hechos e interpretarlos; y para interpretar hechos humanos, hay que tener una visión rica y profunda del hombre real de cada tiempo y cada pueblo. La sociología es una rama de la antropología, pero no de esa antropología que anda siempre entre salvajes, sino de otra que trate de comprender al hombre, así en las aldeas de Tombuctú como en las avenidas de París. La sociología del vestido, del alcoholismo, de la moda o la religión exigen en la base una interpretación psicológica del hombre que se viste, se embriaga o hace santo.

Por eso, hoy la sociología se nos está volviendo psicológica y aún psicoanalítica unas veces por invasión de la sociología en el psicoanálisis (Freud, en "Totem y Tabú", "El fin de una ilusión", "Psicología de las masas y análisis del yo"; Fereuczi, en "The Ottagogenesis of the Sense of Reality"; Otto Rank en toda su obra, como Adler y Jung en las suyas) y otras veces por invasión del psicoanálisis en el área de la sociología (Ralph Linton, Ruth Benedict, Malinowski, Reich, Fromm, Hollitscher etc.) que parece ser la última novedad. Sin embargo, no recuerdo que ninguno de estos haya atacado a fondo el fenómeno psicosocial del suicidio, a pesar de que han tenido que toparse con él como un hecho inquietante y excitador de exégesis comprensiva. Pero, luego veremos que si la psiquiatría general se ha desentendido del suicidio, sin afrontarlo, el psicoanálisis lo toca muchas veces de modo central aunque su interpretación me parezca inadecuada en

su fundamento. Pero antes, quiero decir unas palabras sobre una cuestión mucho más general.

### **Anhelación de muerte y suicidio**

El hombre quiere vivir, y vivir con la altura que exige su calidad de hombre, como ya vió Aristóteles cuando en el libro I de la *Ética* de Eudeno decía que no es el vivir como tal, con sus placeres de comer, dormir, sexualizar, etc. sino el vivir como hombres, lo que al hombre le importa y el hombre prefiere. Todos los seres quieren perseverar en su ser como si una vocación o llamada les quedara satisfecha en ese seguir siendo. La piedra tiende a perseverar y consistir en piedra, como el vegetal parece gozarse en dar tallos, hojas, flores y frutos, y el animal está a gusto siendo cánida, felino, insecto o equinodermo. También el hombre quiere seguir siendo hombre. Pero ser hombre es más, mucho más que vivir, si por vivir entendemos lo que hacen los seres biológicos. En el hombre hay otro vivir y el que tiene como animal y aún como vegetal, queda subordinado a formas más altas que su mera vida física; es la del espíritu, ante la cual la vida física se supedita y rinde y humilla siempre que el hombre está siendo hombre con alguna riqueza y algún rigor. El hombre que se entrega al mero vivir biológico es considerado como hombre inferior y detestable. En cambio calificamos de hombre superior al que desprecia la mera biología y sus valores haciéndolos tributar ante el espíritu. El hombre superior (el héroe de la guerra, el héroe civil, el santo, la madre) es el que, en nombre de los valores del espíritu hace sucumbir su vida física o animal. Y cuando vemos que alguien en nombre de esos altos ideales de vida, menosprecia la que tiene de orden biológico y busca la muerte, o cuando Santa Teresa nos dice que muere porque no acaba de morir, todos quedamos conmovidos por la grandeza de semejante actitud.

Por qué entonces a estos que van voluntariamente a la muerte no les llamamos suicidas y no los calificamos de cobardes ni los repudiamos como antisociales? Suicidas fueron los numantinos, los saguntinos, los cartagineses ante Scipión, pero nadie los descalifica moral y socialmente, porque buscaron, al segar su propia vida, la exaltación de los valores de su espíritu. Cuando la exaltación de estos valores no es clara ni evidente, la justificación se aminora. La descalificación del suicida brota pues, de que va a la muerte, no en ansia de más altos valores que el vivir biológico, sino al revés, tratando de negar lo espiritual que hay en él y que le impone deberes, uno de ellos, conservar su propia vida para ponerla como tributo a otras personas, a su familia, a su país, a la humanidad. El suicida se descalifica porque se niega como hombre, atentando, no ya contra su ser, sino contra el ser humano en general. Es un homicida. Tenemos así que el suicidio no es el quitarse la vida a sí mismo, sino por móviles que no son propios de la misión del hombre. Con lo cual, resulta que la noción de suicidio sigue unida a una consideración de orden moral, pero no brota de la interpretación pura del suicidio como acto humano, sea o no éticamente digno. Es que como veremos, hasta en los análi-

sis más profundos, surge siempre este aspecto ético del atentado contra sí, pues siempre hay unas fuerzas que reprimen o castigan éticamente a otras. Así, por lo menos vamos a ver qué ocurre en el menos sospechoso de **moralismo**; en Freud.

### El suicidio según Freud

He de apelar a la buena disposición del lector para que se provea de paciencia y siga la exposición de unas ideas de Freud, oscuras y artificiosas como nunca, pues solía ser el profesor de Viena claro y preciso como pocos y, desde luego, como ninguno de los que le han seguido. Iré estableciendo algunos tramos supuestos o expresos de su pensamiento, pues en Freud como en todos, hay muchos supuestos no del todo conscientes, en que el pensamiento hunde sus raíces para sorber su savia y su carga viva.

a) **Vida e instintos.** — El psicoanálisis nació tocado, hasta el vicio, del biologismo del siglo XIX, pues Freud era una mente “naturalista” y en todo veía el imperio de la vida natural. Para él un hombre es un animal enfermo, venido a menos por culpa del espíritu, aunque no sabemos, juzgando sus ideas, si es el espíritu el agente patógeno de la vida enferma o es producto de esa enfermedad. Habla de instintos y no distingue los que el hombre tiene como animal, y los que tiene como hombre por exigencias precisamente del espíritu. Para él y los que le han seguido no hay más que instintos, brotados de la vida. Lo mismo lo son el impulso sexual, el de conservación, el de agresión o el de defensa, comunes con los animales, que aquellos otros que son específicamente humanos, como el instinto de mando, el de la fama o la gloria, el impulso poético, el de construcción etc. No distingue unos de otros. Y por lo tanto no advierte que están en pugna entre sí, y mientras el instinto de conservación es digno del animal, aplaudimos como hombre superior al que busca la muerte por nobles ideales, al que se sacrifica voluntariamente por otro; del mismo modo, frente al instinto de reproducción de los animales, elogiamos entre los hombres al que lo reprime y triunfa sobre él, adoptando la castidad. Sin duda, Freud distinguió los instintos sexuales y los “instintos del yo”, pero no como animales y humanos, respectivamente. Es que nunca distinguió entre “vida” y “espíritu”, como es usual entre los “biologistas”, porque da por aceptado que el espíritu ha salido en brote y por desarrollo natural de la vida, afirmación que habría que demostrar. Para Freud el espíritu es una superestructura de la vida, algo medio artificioso y medio producto de la civilización por sublimación de los instintos primordiales de la vida. Debí preguntarse: Cómo puede ser el espíritu fruto de la civilización del hombre cuando la civilización es, a su vez, producto o fruto de la acción del espíritu? Que ambos, vida y espíritu le parecen distintos, se ve en que todo su sistema de ideas descansa sobre el concepto de represión y censura, es decir de oposición y lucha entre una y otro. No distingue entre instintos de la vida e instintos del espíritu, pero los contrapone y sobre esa contraposición descansa toda su teoría. Como Luis Klages,

o Hans Vaihinger, y, más lejanamente, Rousseau y luego Nietzsche, afirma que la salud del hombre se obtiene curándole de su gran enfermedad, de la civilización, y haciéndole volver a la vida meramente animal. La angustia, la desazón existencial, las neurosis son todos oriundos de la oposición entre la vida biológica y la cultura o vida humana. Es la tremenda convicción de que en el hombre el espíritu es lo menos valioso y lo más nocivo, afirmación que viaja agazapada en muchas teorías contemporáneas, filosóficas o no. Los más altos valores humanos brotan por sublimación de instintos primarios reprimidos o sofocados, contra los cuales el espíritu se vuelve siempre agresivamente.

**b) Instintos sexuales o instintos del yo.** — Para Freud los instintos son estímulos exteriores a que la vida ha tenido que responder durante muchas generaciones, acabando por fijarlos e interiorizarlos, de modo que el instinto tiene en sí su propia estimulación interna, al cabo de ese proceso. “Nada se opone a la hipótesis —dice— de que los instintos mismos son, por lo menos en parte, residuos de ciertos efectos estimulantes externos que en el curso de la filogénesis, actuaron modificativamente sobre la sustancia viva”. Y luego añade: “Si consideramos la vida anímica desde el punto de vista biológico (como se ve, dá ya por aceptado que vida biológica y vida anímica, son sustancialmente lo mismo) se nos muestra el “instinto” como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico o consecuencia de su conexión con lo somático” (1); palabras sibilinas que nos están anunciando la oscuridad de sus ideas en esta cuestión... Habla luego de los caracteres de los instintos; perentoriedad, fin, objeto, fuente, y distingue los simples o formarios de los complejos (como los de construcción, sociabilidad etc.) para establecer, entre los primarios, los “instintos sexuales” y los “instintos del yo o instintos de conservación”, pero afirmando que están ambos grupos entre sí, en irremediable oposición, sin que hasta ahora “se haya encontrado ningún argumento desfavorable a esa oposición”. Y conste que los “instintos sexuales” proceden de “múltiples fuentes organizadas”, pero “parte de ellos permanece asociada, a través de toda la vida, a los instintos del yo, aportándoles componentes **libidinosos**”, lo que no es de extrañar porque los instintos se transforman —según Freud—, en sus contrarios, como se ve en los pares antitéticos “sadismo-masoquismo”, “contemplación-exhibición”, y como se ve luego, en la sublimación “amor-odio”. Ahí se ve cómo el agresor, contemplador o amante se cambia en sufridor, exhibidor o amado. Es la “ambivalencia” de los instintos, que tanto juego dá luego en la interpretación de las neurosis.

**c) El yo, el ello y el super-yo.** — Pero, puesto que hablamos

(1) — Freud: “Obras Completas”, Biblioteca Nueva, Tomo IX págs. 123-24. Todas las citas que se hagan son referidas a ese tomo.

de los "instintos del yo", debemos preguntar: y ese yo, quién es? Sin duda es algo espiritual, algo elaborado por la cultura, pero que procede de la vida biológica, como de su raíz que es. El yo en el hombre es la "organización coherente de sus procesos psíquicos... Este yo integra la conciencia, la cual domina el acceso a la motilidad, esto es, la descarga de las excitaciones en el mundo exterior, siendo aquella instancia psíquica que fiscaliza todos sus procesos parciales, y aún adormecida durante la noche, ejerce a través de toda ella la censura onírica. Del yo parten también las representaciones por medio de las cuales han de quedar excluidas, no sólo de la conciencia, sino también de las demás formas de eficiencia y actividad, determinadas tendencias anímicas" (2). Enrevesadillo es el texto, pero me parece que se entiende bien que el yo es el fiscal de los impulsos y movimientos puramente vitales. Pero lo grave es que nos dice en seguida que, en el yo repressor, hay también algo reprimido e inconsciente. Hay, pues "un yo coherente y un yo reprimido". Pero reprimido por quién? Por el yo mismo. Y lo inconsciente y reprimido por el yo, pero que no es el yo, es el ello, que los americanos llaman "id".

Lo noción del ello la ha tomado Freud de Groddeck, el cual, siguiendo a Nietzsche, lo usó en el sentido de algo impersonal, pero no al modo del "man" heideggeriano, sino mas bien como el inconsciente colectivo de Jung, como algo común humano, subterráneo y actuante, que nos enriquece desde abajo, fertilizándonos en lo oscuro, como la tierra. Para Groddeck, el yo no vive sino que es vivido, en cambio, el ello que es vida y potencia tenebrosa, no percibe sino gracias al yo; mas bien es percibido, es tenido y sujetado abajo donde suena su rumor y empuja su fuerza. El yo, según Freud, no es "sino una parte del ello suficientemente diferenciada" (3); está "en la superficie del ello, sin envolverlo por completo, construyendo el sistema activo de las percepciones y las relaciones con el mundo interior". La percepción es para el yo lo que para el ello es el instinto. El yo representa lo que pudiéramos llamar razón o reflexión, opuestamente al ello que contiene las pasiones. En suma "el yo es respecto al ello el jinete que rige y refrena la fuerza de su cabalgadura, superior a la suya. Pero así como el jinete se ve obligado alguna vez a dejarse conducir a donde su cabalgadura quiere, también el yo se nos muestra forzado en ocasiones a transformar en acción la voluntad del ello, como si fuera la suya propia" (4). Todo esto es claro, aunque artificioso e inverosímil en gentes científicas que presumen de atener a los hechos. Pero esa artificiosidad sube de punto cuando dice luego que el yo es un "ser corpóreo", análogo al "homúnculo cerebral de los anatómicos que se halla cabeza abajo en la corteza del cerebro, tiene los pies hacia arriba, mira hacia atrás y ostenta hacia la izquierda la zona de la palabra" (5). Es misión del yo reconstruir los objetos sexuales cuando estos han de ser abandonados (como ocurre en la melancolía). Bus-

(2) — Ibidem págs. 245-246.

(3) — Ibidem pág. 271.

(4) — Ibidem pág. 256.

(5) — Ibidem pág. 256.

ca el yo “dominar al ello y hacer más profundas sus relaciones con él, si bien a costo de una mayor docilidad por su parte” (6). Para compensar al ello del objeto perdido, el yo parece decirle: “puedes armarme pues soy parecido a él”, con lo cual el yo vuelve la energía sexual sobre sí mismo. El ello es el “gran depositario de la Libido”, y el yo, tomándola, trata de desexualizar al ello para lo cual se viste e identifica de los objetos de la libido misma. Esas identificaciones objetivas del yo, cuando son intensas, numerosas e incompatibles entre sí, pueden originar formas patológicas como la “personalidad múltiple” (De ahí arranca la noción de “complejo”).

Y ahí brota la noción del yo ideal o super-yo, que tiene su origen en las identificaciones objetivas de nuestra primera infancia, pues el niño aspira a identificarse con el padre, que es su primer super-yo. y el super-yo se vincula en su origen al famoso complejo de Edipo. “Por la intensificación de los deseos sexuales orientados hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un abtáculo opuesto a la realización de tales deseos, surge el Complejo de Edipo” (7). “La identificación con el padre toma entonces una actitud hostil (los instintos se transforman, como ya dijimos) y se transforma en el deseo de suprimir al padre para sustituirlo cerca de la madre”. La conducta se hace ambivalente con respecto al padre y “tierna” con relación a la madre. Si al hacerse el niño mayor, el complejo es destruido, se intensifica la identificación con el padre y la masculinidad del niño se afirma. No será al revés, que, por afirmarse y fortalecerse la masculinidad del niño se resuelve el complejo de Edipo?) Si es, por el contrario, la identificación con la madre la que se intensifica, es que prevalece la feminidad del niño y por esa fijación, surge el “niño mimado” que puede llegar a la homosexualidad (Adler).

Pero ese es el complejo de Edipo simple, que no es el mas frecuente, según Freud. Hay también el “complejo completo”, en que el niño se presenta en actitud cariñosa y femenina como una niña, para el padre, y con una actitud recelosa y hostil para con la madre. “Sobre todo en los neuróticos se debe aceptar la existencia del Complejo de Edipo completo” (8). Hay, pues, un complejo normal y positivo y otro invertido. El factor masculino se identifica con el padre o con la madre, y el femenino con la madre o con el padre dando lugar a cuatro relaciones distintas. Y así surge el super-yo, como “la presencia en el yo, de un residuo, consistente en el establecimiento estando dos identificaciones enlazadas entre sí. Esta modificación del yo conserva su significación especial y se opone al contenido restante del yo, en calidad de ideal del yo o super-yo” (9). Esto es “una parte” del yo elevado a ideal de vida. Es el que dice al yo lo que ha de hacer y lo que ha de prohibirse, según lo que haya de masculino o femenino reprimido en el Complejo de Edipo, pues el super-yo “conserva el carácter del padre”. “El super-yo, abogado del mundo inte-

(6) — Ibidem pág. 261.

(7) — Ibidem pág. 263.

(8) — Ibidem pág. 265.

(9) — Ibidem pág. 266.

rior, o sea del ello, se opone al yo, verdadero representante del mundo exterior o sea de la realidad"... "Todo lo que la biología y los destinos de la especie han creado y dejado en el ello, es tomado por el yo en la formación de su ideal y vivido de nuevo por él individualmente... Aquello que en la vida psíquica individual ha pertenecido a lo más bajo, es convertido por la formación del ideal, en lo más elevado del alma humana". (He ahí el espíritu florecido de las tierras bajas de la vida animal). "El ideal del yo satisface todas aquellas exigencias que se plantean a la parte más elevada del hombre" (10). "Cuando el yo extrae del ello el super-yo, no hace, quizá, sino resucitar antiguas formas del yo" (11).

### Eros y el instinto de la muerte

Pero Freud se encontró con que la vida orgánica tiene una gravitación, un tropismo natural e irreprimible hacia la muerte, y pensó si no habría un instinto de la muerte anterior al instinto mismo de perseverar en la vida. Y su materialismo latente y su oscura hostilidad hacia el espíritu le hizo afirmar que, así como el espíritu quiere ser nada mas que vida, así la vida quiere retrocer al mundo de lo inorgánico, como si allí en el seno de lo informe, sordo y boto, hallará el hombre su máximo descanso. Todo el resentimiento intelectual de Freud suena ahí. Se oye bien que, en su pensamiento más profundo, odia al hombre como luz y espíritu, y lo desea, escondidamente, oscuro, ciego y torpe, revuelto y confundido en el mundo molecular. Pero la idea de los instintos de la muerte —nada místico como se ve— la tomó de la biología triunfante. Weismann había dicho ya que, si el plasma germinal es inmortal, lo es porque vence a ciertos factores letales, factores que imprimen en los genes, esa ciega gravitación hacia su perención. Novoa Santos reparó en lo que llamó "impulso tanático". Y dijo: "Frente a la **voluntad de vivir** pongamos la **voluntad de morir** no como voluntad reflexiva, sino como revelación de un recóndito instinto" (12). Y entendió que ese impulso tanático era una "aspiración nirvánica", un indefinible deseo de la nada, idea que coincide con la de Freud aunque es de expresión más metafórica y literaria. Hoy la genética estudia los mecanismos de la herencia teniendo en cuenta esos factores, tales impregnados de "voluntad tanática".

Y antes que Freud distinguiera entre los impulsos de agresión a que llamó "Eros" por identificarlos con los sexuales, y los instintos tanáticos o de muerte, venía ya diciendo la biología que el espermatozoide, así en su morfología como en su función, es agresivo, asesino y destructor, mientras el óvulo se manifiesta indefenso, pasivo, con proclividad a no defenderse y dejarse morir. Y transplantando esa noción de la genética a la interpretación del alma del hombre, Freud nos vino a decir: "En el hombre hay un deseo de agresión, y

(10) — Ibidem pág. 269.

(11) — Ibidem pág. 271.

(12) — Ver "El instinto de la muerte" 1927 y "La inmortalidad y los orígenes del sexo" 1930.

aunque ese impulso se opone a la cultura, si no lo satisface enferma". Pero como nunca distinguió entre el deseo de matar y el de morir, no siempre que habla de los impulsos de la muerte sabemos de qué está hablando. Por eso habla Freud —siguiendo a Weismann— de "instintos de agresión" e "instintos de conservación" —lo mismo que Novoa— pero englobándolos ambos en los instintos de muerte. Y es natural que uno se pregunte: Pero el instinto de morir (y no digamos el de matar) puede ser manifestación del instinto de conservación, cuando mas bien busca anularse, deshacerse en la nada? Tanto los impulsos de matar como los de morir tienden a la destrucción y son, por lo tanto formas del instinto de agresión, solo que en el impulso de morir se busca la muerte propia, y en el de matar la ajena. Però instintos de muerte y no conservación son lo mismo unos que otros. Freud, por no plantearse bien esta cuestión, no distinguió debidamente, como vamos a ver:

Después de haber sostenido que toda la mecánica de la psique está regida por el principio del placer, de modo que hacemos siempre aquello que con menos esfuerzo nos produce más goce, Freud descubre los "instintos de la muerte" y en uno de sus últimos libros (13), dice que el Eros comprende el instinto sexual "propriadamente dicho", más los impulsos coartados y sublimados y el instinto de conservación que radica en el yo, como sabemos, oponiéndose el yo a los "instintos objetivos sexuales". En ese libro establece "la existencia de un instinto de muerte, cuya misión es hacer retornar todo lo orgánico animado al estado inanimado, en contraposición al Eros, cuyo fin es complicar la vida y conservar la así"... "Ambos instintos se conducen en una forma estrictamente conservadora tendiendo a la reconstrucción de un estado perturbado por la génesis de la vida, génesis que sería la causa tanto de la continuación de la vida, como de la tendencia a la muerte. Así la vida sería un combate y una transacción entre ambas tendencias" (14). Al nacer triunfan los factores de vida; al morir triunfon los impulsos funerales o tanáticos. Esto sería una simpleza discutiblemente científica si no halláramos que "en algunas neurosis graves, por ejemplo, en las neurosis obsesivas "esa mezcla de instintos aparece disociada y los instintos de muerte triunfan sobre los de vida. Y por la transformación de los instintos, unos en otros, los de agresión pueden transformarse en instintos de muerte, y viceversa. Así, en la paranoia persecutoria, el enfermo se cree perseguido por la persona que más ama y contra la cual acaba por volverse agresor. También en algunos neuróticos hay una oscura voluntad de enfermedad y voluntad de corazón. Basta decirles que van mejor para que, en efecto, el mal se agrave. Pero en un alarde de sinceridad, no infrecuente en Freud, después de decir que esa dualidad de instintos no está suficientemente demostrada, dice que, "como representantes del instinto de muerte difícilmente concebible, **sólo podemos indicar el instinto de destrucción**, el cual muestra al odio su camino".

(13) — "Más allá del principio del placer", que es, sin embargo, el tomo 2º de las "Obras Completas" en la edición española.

(14) — Ibidem pág. 274.

Freud, pues, halla impulsos de agresión y destrucción, pero le parece poco concebible el instinto de morir, el de buscar voluntariamente la muerte. El impulso de agresión lleva al deseo de castigar aunque el castigo no recaiga sobre el culpable, lo que ha dado lugar a mucha literatura sobre el impulso punitivo de los jueces y fiscales. Hay que satisfacer el impulso de agresión en forma de castigo, sin culpable, como hace el Código de Justicia Militar español ordenando abrir sumario al caballo o la carabina que fueron causa de la muerte de un soldado. Pero las tendencias hacia la muerte, si las hay, son frenadas por el Eros que sostiene y multiplica la vida. Y el yo "labora en contra de los propósitos del Eros". El yo contra el Eros y el Eros contra la muerte. La satisfacción sexual se parece un poco a la muerte porque "al ser separado el Eros, queda libre el instinto de la muerte para llevar a cabo sus intenciones" (15). En los instintos de muerte, entran, según Freud: componentes eróticos, impulsos agresivos y otra tercera parte "la más importante que continúa libremente su labor interior" (16). Pero el componente erótico que estaba en el ello, una vez sublimado por el yo, presta su carga de energía al impulso agresivo. De ello se aprovecha el super-yo y extrae "el deber imperativo, riguroso y cruel". Así ocurre unas veces, pero otras, la agresión no viene de esa disociación y esa función del yo "sino de una represión desarrollada en el ello. Pero este proceso se habría extendido desde el ello al super-yo que intensificaría entonces su severidad contra el yo inocente". En suma: "El ello es totalmente amoral; el yo se esfuerza en ser moral y el super-yo puede ser hipermoral y hacerse entonces tan cruel como el ello" (17). Y así, en el super-yo "reina el instinto de la muerte que, con mucha frecuencia lleva a la muerte al yo, cuando este no se libra de su tirano refugiándose en la manía". Estemos en presencia del suicidio. "Inversamente el melancólico, el neurótico obsesivo no busca jamás la muerte, parece inmunizado contra el suicidio y mejor protegido que el histérico de este peligro" (18). No hay más sobre el suicidio en Freud, que yo recuerde.

La cosa no ha quedado clara ni mucho menos, después de tal alarde de retórica sobre el yo, el ello y el super-yo. Dudo que el lector haya quedado, no ya convencido pero ni enterado del mecanismo del suicidio, después de lo que le he transcrito y escoliado e interpretado como mejor he podido. Y respondo de que he sido fiel al texto. Antes parecía que el ello representaba la vida y los valores vitales, sofocados por el yo y que el yo es de pergeño moral y no biológico, aunque se colorea a veces del ello, quedando el super-yo como instancia última y superior que rige y corrige a los otros dos. La agresividad radica en el yo, lo que resultaba extraño tratándose de algo ético, pero ahora es el super-yo el que se deja ganar del impulso agresivo y lo dirige contra el yo, unas veces, y otras, contra el ello. En cuanto

---

(15) — Ibidem pág. 281.

(16) — Ibidem págs. 290-291.

(17) — Ibidem pág. 291.

(18) — Ibidem pág. 290.

a este último no sabemos si también es agresivo o está invadido del instinto del morir.

### Inconsciente, inferioridad y culpabilidad

Los impulsos agresivos que tienden de modo espontáneo a saciarse en los demás, son interiorizados, según Freud, por la presión de las normas y los imperativos de la cultura. La sociedad quiere castrar al hombre de todo impulso agresivo, que únicamente exalta y elogia y excita, en la guerra y en nombre del patriotismo; no siendo así dichos impulsos malogrados queden arrojados y pervertidos, transformando la agresión en falsa virtud. Es la teoría de Schopenhauer, de Nietzsche, de Max Nordau en un libro avieso: "La Biología de la Ética". Aquellos impulsos que originariamente se dirigen contra los demás hombres quedan reprimidos, detenidos en el ámbito de la intimidad y de las intenciones, y pueden llegar a ser devueltos o reflejados desde la frontera, haciéndolos recaer sobre el propio sujeto. Así surgen los complejos e impulsos de culpabilidad, de autocastigo, de expiación y de suicidio. Estos complejos han sido muy explotados en la novela, en el cine y el teatro, antes del narcoanálisis, la confesión por determinadas drogas. En "El Cero y el Infinito" de Arturo Koestler, a un personaje se le hace confesar hechos provocándole sabiamente el **complejo de culpabilidad**. Este complejo puede formar parte o no, de otro más amplio, el **sentimiento de inferioridad** (19), por el que el sujeto se siente disminuído y aún anulado en potencias y posibilidades de acción y poder que están en él reprimidas o sofocadas. No hay inferioridad sin esta represión de la voluntad de mando y triunfo. Y quien se siente **dulcemente** inferior, **quien** se deleita en su propia humildad, en su insignificancia, en su nihilidad casi, está satisfecha con ello y no experimenta el complejo de inferioridad. Digo esto, porque suele ser mal entendido. El sentimiento de inferioridad se origina porque hay una ambivalencia sentimental: un afán de triunfo o poderío, coartado, y un afán de humillación no querido de modo total. Por eso Alfredo Adler ha encontrado el mayor número de casos de sentimientos de inferioridad en mujeres, pero sin ver que se trata de mujeres virilizadas en quienes el afán de mando se erige junto a la humildad

---

(19) — La culpabilidad no es inferioridad siempre, ni mucho menos; mas bien puede ser su contrario, pues el inferior siente el complejo que le envenena (odio, rencor, resentimiento) precisamente porque quiere dominar, por que quiere ser superior, mientras en el sentimiento de culpabilidad hay voluntad de oscurecimiento y anulación, por autocastigo o nada mas que por gozo expiatorio de pecados últimos o remotos. El afectado de complejo de culpabilidad quiere inferiorizarse; el de inferioridad, busca paradójicamente, superarse y alcanzar poderío. El que padece el sentimiento de culpabilidad es un inhibido social, un melancólico, un deprimido, un triste, un taciturno en diverso grado; anda por los rincones, recogiénose en las aceras hacia la pared; quiere desaparecer, nihilarse y tiene horror a la acción ("peur de l'action" de Janet) y a la selva de lo social. El que tiene complejo de inferioridad también es taciturno pero actúa, mira de reojo y tiene ambiciones y voluntad de triunfo.

natural femenina. Y no acierta, a mi juicio, Adler cuando afirma que en toda mujer hay complejo de inferioridad. Esa idea quizás ha surgido del "complejo de castración" de Freud, de modo que toda mujer, por considerarse mutilada de varonía, se siente inferior, lo que no es verdad. Toda buena femineidad se siente a gusto con su ser femenino. Solo lo viriloido se disgusta e irrita con ser mujer y busca la compensación en la acción social, en el periodismo, en la conducta extradoméstica, y actividades de estilo viril. Si no encuentra esta compensación surge el rencor de la feminista o de la agitadora política. Y si ese deseo ha sido segado y soterrado, surge el complejo de inferioridad. Hay, predominantemente, voluntad de poderío en el varón y voluntad de comunidad en la mujer. Si el varón prefiere la comunidad —la igualdad de nivel en la coexistencia, la igualdad por abajo— al mando, o si la mujer prefiere el poderío y la relevancia social a la comunidad, es que los sexos están desnivelados y puede surgir la neurosis con la represión que envenena el alma.

Hay, pues, voluntad de poder en el varón bien trenzado y voluntad de comunidad y humildad en la mujer de ricas hebras femeninas. Aquel afán de poder masculino y esta sed de humildad y minimitud femenina, que son respectivamente, estilos cardinales para cada sexo humano, desembocan, el uno, en el instinto de agresión o voluntad de matar, y el otro en la voluntad de morir. Hay pues, una primera y radical diferenciación, que no hizo Freud: que existen instintos de occisión (en que entra el afán de derribos, la voluntad de talas, de incendios, de análisis etc.) y los instintos de muerte (voluntad de sumisión, inmolación de obediencia, de entrega y de dolor). Estos últimos toman la forma de los sentimientos de culpabilidad, autoacusación, autopenalización y gozo de morir, mientras aquellos dan lugar a las formas de la delincuencia por agresión: injuria, homicidio, robo. Hay muchas formas mixtas, y es mas bien rara la forma pura del instinto de occisión o de muerte. La delincuencia política cuando va acompañada de idealizaciones, afán de apostolado, sentido del sacrificio, etc., son formas mixtas, en que los impulsos de agresión y los de entrega y muerte se entrecruzan. Y de ahí hay que partir para una psicología del guerrero y del revolucionario, según ya he intentado en algún libro mío. Del mismo modo el "instinto de sociabilidad" es mixto de afán de comunidad y entrega, y voluntad de predominio y mando. Hay quién es muy **sociable** porque quiere mandar, y hay quién es muy **sociable** porque quiere obedecer y sacrificarse, como las madres. El "instinto de construcción" es brote del de destrucción y todo buen organizador o fundador empieza destruyendo. Lo femenino ni construye ni destruye; se da en integraciones esenciales. Del mismo modo el pensamiento masculino es agresivo, y el "concepto" mismo (de "cum" y "capere") es instrumento de caza, de guerra y de captura. En cambio, el pensamiento femenino es mágico, materno e integrador, siempre en sueños de comunidad y entrega.

Se comprende ahora por qué las cosas del hombre no son tan sencillas de interpretar. Hay en el hombre un mundo, inconsciente y lo hay por represión y sin represión. Todo impulso, reprimido adecuadamente, es inconsciente, pero no todo sentimiento inconsciente hemos

de suponerlo reprimido, aclaración que ya hizo Freud, pero que no se le tomó debidamente en cuenta. Todo lo olvidado por el tiempo es inconsciente y no siempre ha sido olvidado por represión. Y así el sentimiento de culpabilidad, el de autoacusación y autocastigo, pueden ser manifestaciones inconscientes de impulsos de agresión reprimidos, con lo cual lo desconcertante y paradójico salta del hombre, en vena casi vertical como un surtidor. Weininger llegó a decir: "Ningún delincuente cree, en realidad, que la pena que se le ha impuesto sea injustificada", añadiendo en nota al pie: "El delincuente se siente incluso culpable, a su modo, aunque no haya realizado ningún mal, y espera siempre ser acusado de estafas, robos, etc., aun cuando no los haya cometido, porque se siente capaz de llevarlos a cabo. Por la misma razón se siente descubierto cuando sea capturado otro delincuente" (20). El exceso verbal de Weininger está en que se refiere a **todo delincuente**, y no es verdad que en todos haya complejo de culpabilidad. Pero el error crece de volumen cuando luego dice que la mujer nunca cree en su culpabilidad, sino en la "mala voluntad de sus acusadores", y si alguna vez se acusa, es porque "la mujer sólo se siente culpable en presencia de los demás". Sorprende en mente tan aguda como la de Weininger, que no haya visto la voluntad secreta y escondida, pero profunda y viva, de expiación y muerte que hay en la mujer bien centrada como feminidad.

Además, todo sentimiento de culpa, cuando se experimenta como "culpa **merecida**" es que es deseada inconscientemente como castigo liberador. Y es que todo lo humano vale por su entramado de fines; hasta el sufrimiento, cuando se sufre **para algo** o **para alguien**, se ilumina de sentido y se hace aceptable y aun deseado. De ahí el "no hay mal que por bien no venga", que consuela, porque deja ver una finalidad trascendente al mal que nos acaece. El sufrimiento terrible, el que puede llevar a la desesperación y el suicidio, es el que no tiene fin ni finalidad, el que no tiene sentido para el hombre. Es la pena del infierno en el interior del alma humana. Cuando no existe previamente en el hombre el sentimiento de culpabilidad ni voluntad de expiación y muerte, sino de afirmación y triunfo, entonces, en vez de afán de morir, hay necesidad de matar. Y así frente a la psiquiatría nos dice que hay delirantes de persecución **que acaban** persiguiendo; individuos que, por creerse agredidos **terminan** en agresores; hay que afirmar lo contrario: que **empezaron** ya persiguiendo, con impulsos de agresión, y que la proyección de su agresividad en el delirio origina el creerse perseguido. Es la interpretación que da el profesor Mira, y que yo comparto.

### Matar y morir

Estamos, pues, en presencia de dos hechos **radicalmente** diversos: el del impulso de matar y el de la voluntad de morir, no como nacidos de lo orgánico y vivo, sino de lo genuinamente humano, de los telares del espíritu. No confundamos: El animal no mata por ma-

---

(20) — Weininger: "Sexo y Carácter", pág. 256 de Editorial Losada.

tar ni desea morir, sino perseverar en su ser. Y cuando matamos es por hambre, por defensa, etc., por el imperio del instinto de conservación. Solo el hombre necesita matar (animales, vegetales, hombres) y siente el gozo de morir. Y con los sexos se bifurcan ambos instintos. Yo he estudiado en un libro (21) la alegría de sufrir en lo femenino y la de riesgo en lo masculino, el complejo de culpabilidad en los hombres y en los pueblos, y la voluntad tanática o sed de muerte en lo femenino humano, con la valoración del suicidio y lo demoníaco. Y como no he de repetirlo aquí, recordaré lo indispensable para plantear el problema psicológico del suicidio.

Lo femenino está transido de voluntad tanática, de ansia de morir como lo masculino hierbe de impulsos de occisión, destrucción y tala. De la misma raíz sánscrita han derivado las palabras "mirtyu" y "miryam"; la primera significa "muerte" y la segunda "madre" y "María". También la suprema feminidad griega, Venus Afrodita, a la vez que la diosa del amor, era la patrona de la muerte con el nombre de Venus Levitina. Hablar de muerte y enfermedad es un gozo para toda buena feminidad y son muchas las que preparan sus ropas para el día de la muerte como si fuera día de nupcias. Lo femenino concibe mal la inmortalidad, porque está ganado de impulsos nirvánicos. Como dije en otra ocasión, el principio femenino añora la muerte; lo masculino se rebela contra ella y quiere sobrevivir. De ahí el instinto de fama, de gloria, de éxito, de renombre, de hazañas en el variar, instinto que no alcanza nunca a la buena feminidad. La mejor feminidad es "la que no tiene historia". Lo que he llamado "sentido álgico" o voluntad de dolor, es genuinamente femenino, y propio también de épocas y hombres muy reactivados de lo femenino que les acompaña. De ahí, que solo lo femenino sienta el ansia de felicidad, porque sólo los desgraciados, los que sufren creen en la felicidad. El guerrero, el filósofo, el científico, el hombre de acción, no saben qué es la felicidad en el sentido carismático que le da la mujer. También el golosineo del dolor, la "alegría de estar triste", es propio de lo femenino humano.

En cambio sólo la fuerte varonía ama la guerra y la caza y la discusión y usa el concepto como instrumento quirúrgico y venatorio. Sólo la fuerte varonía sueña en matar, porque es fundamentalmente occisiva y destructora. Por eso ama la ciencia y el derecho y la filosofía, anhela roturar tierras o mujeres y descubrir nuevos horizontes e inéditas verdades; **des-cubrir**, **des-entrañar** es su gran placer, y por algo los griegos llamaron a la verdad "a-letheia", lo que se des-olvida o se des-cubre. Y por algo la "veritas" latina se vincula a la vida varonil, a la **veracidad**, a la **franqueza** (virtud masculina), como el **testimonio** está relacionado con los atributos varoniles ("testis") según lo demuestra el hecho de que el juramento hebreo y el latino, hasta el cristianismo, se hacía poniendo el que juraba las manos entre los muslos de quien le tomaba la promesa. Observar, analizar, **a-veri-guar** son formas de acción típicamente viriles. Pero ningún varón ama la muerte si no es asegurándose la inmortalidad en la memoria

(21) — "Los sexos, el amor y la historia", tomo I, págs. 521 a 571.

de las gentes o la otra inmortalidad, la escatológica, como ocurre en el héroe, en el explorador, en el guerrero, en el investigador científico, cuando aceptan riesgos y arrostran impasibles las posibilidades de morir.

### Dualidad del hombre

Concluamos: el impulso de morir, de sacrificarse, de darse en holocausto o en tributo y penitencia es profundamente femenino; el impulso de matar, de guerrear, de polemizar, de hacer la competencia, de analizar, de descubrir y desentrañar, es típicamente masculino. Y ambos impulsos se dan simultáneamente en el hombre, a veces en un mismo acto, en forma de ambivalencia sentimental, de voluntad bifida. Ambos grupos se presentan en las formas de: instintos de **novación**, de búsqueda de lo nuevo, de afán de cambio y fundación, e instintos de **conservación**, afán de perseverar, una de cuyas formas es el sentido de la repetición, y al gusto por lo sabido, vivido y tradicional. Son, respectivamente, los progresistas y los conservadores o tradicionalistas. Pero es mejor recoger todas las modalidades en su vértice y hablar de lo masculino y lo femenino. Y como el hombre es dual, como es bisexual, ambas formas se dan en todo hombre de modo más o menos unificado o disociado, y con relevancia más clara de un sexo u otro.

Ocurre que en el hombre siempre hay dos: el **uno** y el **otro**; el sexo dominante y el recesivo, cosa que admite también Freud y que hoy rechazan pocos. Pero mientras en unos, ambos sexos se conciertan y unifican, hasta alcanzar la "una-animidad" interior, la "aequalitas animi", la concordia y la paz interna, en otros, todo es discordia y disociación y disputa y endemoniamiento. Y surge entonces una forma de agitación interior, de demencia. La palabra "esquizo-frenia" alude a eso, al rompimiento de la unidad anterior y a la aparición de dos almas disociadas. Son muchos los poetas que han creído tener dos almas y en esto no puedo detenerme ahora. Se ha hablado de la "doble mirada" de César, de Goethe, de Napoleón, como se ha hablado de dos voluntades. Kretschmer ha distinguido en el histérico la "teleobulia", o voluntad consciente y superior y la "hipobulia" o inferior. Blondel, refiriéndose sólo a lo intelectual, ha hablado de "la diplopia del conocer". La misma palabra "discordia" alude a dos corazones, como la de **poseso** apunta a un alma interior poseída por otra exterior, etc. etc. Pues bien, cuando esta lucha se produce en el interior del hombre puede dar lugar al suicidio. Amiel decía en unos versos suyos:

"En nous sont deux instincts qui bravent la rais  
le gout du suicida et la soif du poison".

Y Guido Cremanese cree que lo consciente y lo inconsciente son dos personas y dos herencias y que una de ellas asesina a la otra después de una lucha oscura.

### El suicidio

Porque la pregunta capital es esta: el suicida, quiere matar o

quiere morir? En esa pregunta que viene dictada, impuesta, por todo lo que llevamos dicho, va también prevista y prefigurada la respuesta. El suicida es un agitado, un disociado interior, un hombre en lucha consigo mismo, con una lucha entre sus dos almas, quiere decir entre los dos principios que le informan, porque es evidente que el alma es una, pero con dos vertientes que pueden entrar en pugna. Es el "uno" en lucha con el "otro" pero ese otro actuando en lo oscuro y subterráneo del ser, reprimido y encolerizado. Hay quien va al suicidio guiado por impulsos de agresión, por un deseo **de matar** al "otro" que le acompaña, porque ese "otro" no le deja ser auténticamente. Y como el impulso de matar siempre es masculino, es claro que quien mata, como quien reprime, siempre es lo masculino del hombre. Pero hay también quién se suicida no por voluntad de matar, sino por afán de morir, de dejarse morir, dándose a fuerzas oscuras en holocausto o sacrificio, casi siempre con impulso penitencial. Y como lo que quiere morir, lo que se da en sacrificio y voluntad de muerte es lo femenino, este tipo de suicidio es el frecuente en la mujer y varones feminizados. Weininger, por no ver esta dualidad profunda de nuestro impulso, decía en su misoginia, que la mujer no es sincera al suicidarse, sino que teatralmente, piensa en lo que pensarán y dirán de ella. Yo opongo que la mujer se suicida menos que el varón, pero se suicida **más auténticamente**, porque la mujer se **sui-cida**, se deja ir voluptuosamente a la muerte, como Ifigenia, como Antígona, como Ofelia, como la mujer india que seguía a su marido lanzándose a la hoguera, mientras que el varón que se mata, busca matar al "otro" que le acompaña, a lo femenino encolerizado y subterráneo, y es por lo tanto, más bien "**alteri-cidio**". Es típico de la mujer de alguna riqueza femenina que se deje morir por no comer, morir de pena, de tristeza profunda, de afanes de expiación, de suicidio oscuramente penitencial, porque un hondo sentimiento de culpa, de gozo, de sacrificio, le lleva al suicidio. En esto entra también el suicidio en las formas depresivas de las neurosis de ansiedad, y en los suicidios que por sentimiento de culpa, han estudiado Otto Rank, Ferenczi, Carlos O'dier, Maryse Choisy y algunos más. Hay quien se suicida engolfándose de la pena, la tristeza o la mortificación expiatoria, como ya apuntó Séneca en una carta de consolación a Marcia, diciéndole que no se engolosinara con la pena para matarse. Del mismo modo los casos de accidente en que la víctima buscó subvoluntariamente la muerte (y que ha sido muy estudiado y no bien entendido por los psicoanalistas), deben interpretarse como expresión de la voluntad femenina de muerte, que escapa al impulso de coerción viril que le sofoca.

Por eso, porque lo femenino al suicidarse **no mata** sino que **muere**, muy rara vez las mujeres suicidas usan los modos de agresión que son característico del suicidio (del "**alteri-cidio**") masculino. El varón para matarse, usa el arma blanca, el arma de fuego, el explosivo. Si se trata de varonía disminuída usará el ahorcamiento (complejo de Judas), el lanzamiento al vacío (que es forma ambigua de impulso de agresión y de morir) y el envenenamiento. En cambio el desangramiento, como Séneca, la sumersión, como en Delmira Agustini, el dejarse ir fluvialmente hacia la muerte o el **dejarse** arrollar

del tren, con evidente gesto de inmolación o dejarse vendar o morir por acción del gas; abandonarse a un agente extraño, sin tomar por sí la iniciativa de una autoagresión, es típicamente femenino.

Y hay modos complejos en que el **suicidio** se cambia en **altericidio**, o viceversa; en que el impulso de matar se viste de deseo de morir, o al revés. Ferenczi ha psicoanalizado criminales anarquistas en quienes el asesinato era un parricidio simbólico, en virtud del complejo de Edipo. Pero lo que yo digo es que además hay casos en que el parricidio es buscado oscuramente, como una muerte simbólica de sí mismo, llevada a cabo por el complejo de culpabilidad y la voluntad de auto-castigo. Ya Freud entrevió este complejo de culpabilidad que lleva, no al suicidio, sino al asesinato, y algunos discípulos exagerándolo y desquiciándolo todo han querido interpretar así lo que llaman el "complejo de Caín" y aún el de Electra. Pero también hay el fenómeno contrario de signo: el de quién deseando matar, se suicida bien en forma clara de autoagresión, bien cayendo por un **accidente casual** entre las ruedas de un coche en la vía pública, tema este muy manoseado por los psicoanalistas ortodoxos, sin poderlo explicar, sino por las vaguedades del ello, el yo y el super-yo; o bien en la forma de ese otro tipo de suicidio propiamente dicho, el que el profesor Mira ha llamado "suicidio simbólico" y es el del fracasado que "en vez de vivir, decide **dejarse llevar por la vida** y comportarse rutinariamente y automáticamente, por inercia preadquirida, en tanto en su interior siente aumentar el vacío sepulcral de su cadáver yoico"... (22). Y es suicidio "propiamente dicho", porque se trata de una voluntad de morir y no de matar. Ya López Ibor, refiriéndose al reflejo de inmovilidad, y el de tempestad de movimientos, descritos ambos por Kretschmer en la historia, apunta si el de inmovilidad no será femenino y el de huída masculino. El reflejo de inmovilidad es en efecto femenino, y la mujer ante la tempestad, ante la catástrofe, ante la soledad del desierto o ante el ataque, queda paralizada por el terror que es manifestación de la voluntad de muerte y entrega. Pero el reflejo de huída no es masculino, sino intersexual como toda tempestad de movimientos, como toda voluntad de caos, como todo deseo de desorden. En todo hombre "nervioso" hay signos evidentes de intersexualidad. Lo masculino es responder con reflejo de agresión. El quietismo y la entrega son femeninos; la cobardía pánica y fugitiva es intersexual, pues la huída no es agresión ni entrega o anhelo de morir.

### Ética del suicidio

Pero es claro que los impulsos de matar o de morir pueden ser contrarrestados o fortalecidos y estimulados, por representaciones y convicciones éticas, sociales, religiosas, y ni el asesinato ni el suicidio son frutos inevitables. No faltaba más. Precisamente es misión del hombre contradecir los instintos que vienen de lo biológico y educar o dirigir los que nacen de su calidad de hombre. Porque este es no-

---

(22) — Emilio Mira: "Problemas psicológicos actuales", -Buenos Aires-página 121.

velista de sí mismo, porque ha de elaborar su propio existir y es libre y está en cada momento decisivo de su existir obligado a ser libre, es claro que él responde de sus actos, así de los instintivos como de los que no lo son. De ahí el que, como hemos visto antes, siempre que se habla del suicidio surge la cuestión de su moralidad o su inmoralidad, el problema de su valoración ética y social. Y por eso, el mismo Freud se encuentra con el hecho y nos habla de un super-yo que es "hipermoral", en tanto que el yo era ético en sus represiones del ello, siendo el ello la gran nidada de los impulsos oscuros. Solo que Freud, como hemos visto, constituye artificiosamente su teoría sin ahondar en las causas y los móviles específicamente humanos, y sobre todo tomando lo espiritual como una manifestación de lo orgánico.

El hombre como espíritu viene a contradecir a la naturaleza, a la vida biológica, incluso la de su propio cuerpo. Por eso, el hombre superior es el que domina sus impulsos y pasiones oriundos de lo corporal. El hombre es el ser que viene a decir a la naturaleza que no, como dijo Husserl y repitió Scheler. Hay, pues, un instinto del hombre, un instinto espiritual, que tiene el deber y la misión de quebrantar todo impulso de orden biológico cuando este daña su vida. Y así surge el imperativo ético. Freud tiene que reconocer que hay algo, el yo, primero, el super-yo después, que censuran, que rigen y corrigen los impulsos del ello, pero supone que es el ello mismo el que se supera y sublima, para volverse luego, en corrección y freno, sobre sí. Y eso es lo inadmisibile. El ideal de un yo mejor y más alto no es una construcción arbitraria del ello, sino una realidad que se encuentra en el interior del hombre, antes que el ello. Por eso, Fichte habló de un impulso instintivo hacia la moralidad y supuso que el orden intelectual del hombre tenía la misión de fundar el mundo de la ética y los valores. No creo que sea solo misión del intelecto, pero es innegable que hay esa tendencia nata hacia la idealización de nuestra conducta, hacia un yo mejor y con la mirada puesta en lo alto, en el Dios que nos mira.

Por no tener en cuenta el psicoanálisis esta raíz viva y profunda, no ha creído que la predicación o el ejemplo moral y la educación puedan contribuir gran cosa a la corrección de la conducta del hombre, y la evitación del suicidio en muchos casos. Supone, sin mas, que el que siente impulsos de suicidio es suicida sin remedio. Pero justamente lo que ahí falta es un ideal del yo, un super-yo suficientemente fuerte y fortalecido de fe religiosa y rectitud moral, capaz de neutralizar esos impulsos. Se comprende por qué los psicoanalistas se suicidan también y no siempre simbólicamente. La doctora Sokolnicka, freudiana y una de las primeras, se suicidó en París, como se suicidó, Sofía Monrgenstern. Quizás fueron freudianas y científicas por su feminidad entreverada, lo que hizo que sus impulsos masculinos les llevara, no a morir, sino a matar; quizás no fueron **suicidas** sino **altercidas**. Del mismo modo que a otras mujeres, también fuertemente virilizadas, les lleva a la propaganda política o a la revolución, lo que les libera de lo "otro". También Weininger se suicidó, **matándose**, no **dejándose morir**. Es que buscaba asesinar a lo **otro** que llevaba dentro y no le dejaba vivir. Pero eso **otro** era lo femenino adjunto. Se

comprende su terrible misoginia. Si somos auténticos, vivimos lo que somos y somos lo que llevamos dentro de nuestro ser más profundo de modo consciente o no. Otra mujer psicoanalista, Maryse Choisy, directora de la revista "Psyché" (y autora de "El anillo de Polícrates" y "Psicoanálisis y Catolicismo") ha dicho que Freud sostuvo la teoría del principio del placer, porque el apellido "Freud" significa eso, placer, como Adler, (que significa "águila") ha sostenido la teoría de la voluntad de poder, y como Jung ("joven") busca el inconsciente y primitivo, porque es lo "joven" de la humanidad.

### Matar y morir frente a la ética

Por qué el impulso de matar es éticamente malo y no lo es el impulso de morir? Aquí hallamos otra vez la muerte ligada a consideraciones de moral social. La vida física para el hombre es un subvalor, al lado de la vida espiritual que es la que le importa. De ahí el ansia de inmortalidad espiritual, ínsito en el alma de todo hombre. Es el sentido del "muero porque no muero" teresiano. Pero por qué el impulso de matar físicamente a otro hombre es malo? Por qué se castiga el homicidio en todas sus formas y tanto más gravemente cuanto más sagrada sea la comunidad que rompe, de modo que se castiga más el delito contra la patria que el robo a una sociedad anónima, y más, el parricidio que el homicidio simple?

El hombre para vivir físicamente, necesita matar vegetales y animales, pues una forma del instinto de conservación es el doble impulso trófico o (necesidad de nutrirse) y fágico (o necesidad de comer). Y conste que no son una cosa sola, pues hay quien se alimenta comiendo muy poco y hay quien come y no se alimenta, aparte de que comemos y nos alimentamos sin hambre. Todos los seres vivos comen y matan. Novoa Santos sostuvo hace años que el vegetal, además de comer como vegetal, realiza funciones fágicas de animal: tiene un "doble animal", según Novoa y otros biólogos. Y además, al hombre no le parece mal, que el animal mate, para comer o para defenderse. Toda la biología y el pensamiento filosófico del siglo XIX están traspasados de la idea de "la lucha por la vida" que es natural, y, por lo tanto, justa. También es justo y natural que el hombre mate vegetales o animales para comer, vestirse, etc. Pero cuando el hombre trata de matar a otros hombres, se vuelve inmoral e indigno, aunque alegue que necesita suprimir a otros para colocarse él. Por qué es inmoral y malo que un hombre mate a otro?

Porque el hombre se debe, no a la vida, sino a algo más valioso que la vida: al espíritu y la comunidad que los hombres fundan en nombre del espíritu. El que mata a otro niega esa solidaridad de espiritual y atenta contra el espíritu que es lo que le define como hombre. Antes dije que el que se suicida es homicida, porque atenta contra todo, el hombre; ahora digo que el que atenta contra otro hombre es, en cierto modo, suicida, pues atenta contra el espíritu que es patrimonio de todo hombre; el que mata a otro, mata su vida física, no su espíritu, pero niega la condición para que el espíritu florezca y se realice. Existir es co-existir, y la comunidad y la sociabilidad en el

espíritu es su primer impulso y el primer deber espiritual. El hombre busca al hombre, al hombre se debe y el amor al hombre, al prójimo es el fundamento de la antropología cristiana. Atentar contra otro hombre implica la afirmación del hombre como animal y la negación del espíritu que es lo específicamente humano. Los animales entre sí, se comen y matan incluso dentro de la misma especie. Los hombres no deben matar a otros hombres salvo cuando un alto valor espiritual lo exige. El espíritu no debe matar a otros seres portadores también de espíritu; antes al contrario, el espíritu se alimenta del saber, del amor, del gas sutil del prestigio, de la gloria, de la presencia y la consideración de los demás.

Por eso hay que canalizar el impulso de agresión del hombre hacia la caza, la comida, y hacia la guerra, pero justificándola ahora en nobles ideales. Por eso hay una moral y un derecho que condenan, el odio, el homicidio, la injuria, la competencia ilícita y, en cambio, aceptan y aún elogian la lucha contra todo lo meramente natural. Matar es malo cuando se matan hombres. Ni al héroe guerrero, ni al verdugo, ni al homicida en legítima defensa se le aplaude, si responde sólo al impulso de matar. Se les **justifica**, no en principio sino a **posteriori**, cuando actúan defendiendo altos valores espirituales de la comunidad. No se canta al héroe que mata más, sino al que mata en nombre de principios más altos. El imperativo supremo del Decálogo dice en seco: "No matarás". Toca a los hombres justificar aquellos casos en que tiene que matar. La pena de muerte, como el homicidio, solo pueden justificarse en nombre de valores más altos que los del individuo.

La pena de muerte como el homicidio, como el suicidio mismo, solo son aceptables en nombre del espíritu pero no en nombre de la naturaleza porque lo **natural**, para vivir, es matar, volver al estado de naturaleza como quería Rousseau, y añora Freud, es retroceder en el ser del hombre y renunciar al espíritu. Si cuando la vida mata, en nombre de la vida (en la lucha animal por la existencia) el matar queda justificado, cómo no vamos a justificar al espíritu cuando mata por principios de su propio fuero? Y no es una aberración que neguemos al espíritu ese fuero y afirmemos, por **humanitarismo**, que no debemos matar animales? En vez de sociedades protectoras de animales por qué no fundar sociedades protectoras de hombres?

Del mismo modo el impulso de morir no es bueno, sino cuando se busca la muerte física, para anhelar la inmortalidad espiritual. Toda la cultura humana descansa sobre ese principio. No debemos, siquiera, amar la vida física, sino cuando está ya puesta al servicio de algo espiritual. Las formas inconscientes del instinto de morir no son buenas. La **saudade** y la morriña galáico-lusitana, el **spleen** inglés, el "ennui" galo, la "unye" eslava, la melancolía árabe, la pena judío-andaluza, la **tristeza** inmotivada, son manifestaciones de ese instinto de morir que hay en el hombre. Mechstnikof, Fliess, Juarros, Novoa Santos han señalado que, no solamente hay un gozo beato en el momento de morir por muerte natural en el anciano, sino que hasta en las espectaculares y agitadas agonías, hay un suavísimo y gozoso ir hacia la muerte. "Cerca ya de la muerte, decía Novoa, pisa el hombre a ve-

ces, el umbral del paraíso" (23). Hay un tropismo natural de lo vivo, hacia la muerte. Y en el hombre también. Pero el hombre no se aviene a morir como espíritu y anhela inmortalidad. Pues bien: sólo en nombre de esa inmortalidad del espíritu, solamente porque se ansía la liberación de la vida física y la entrada en la otra vida, cabe desear y anhelar la propia muerte como ser corporal. Es el sentido de la "mortificación de la carne" en ascetas y filósofos, sometándose a terribles ayunos, flagelaciones, urticaciones, etc. Pero el masoquista que busca el placer exaltado por el dolor físico, no realiza ningún valor espiritual, como no lo realiza el suicida por aburrimiento, por desesperación, por odio contra sí mismo.

### El suicidio en la historia

Siempre hay suicidios a lo largo de la historia, pero hay épocas en que estos son más numerosos que en otras, y, sobre todo, en que ese fenómeno se vista de suicidio o de altericidio, según que predomine en la época el acento femenino o el masculino. Es sabido que la edad del hombre en que más se siente el impulso suicida es en la pubertad. De cada cien suicidas, 80 tiene menos de 30 años. La otra porción queda casi íntegra para los hombres en el climaterio. Es decir las dos fases de intersexualidad acusada en que se da la disociación interna. Recordemos que también la esquizofrenia fue llamada "demencia precoz" porque su número más elevado se dá en la juventud.

Pues bien: también en la historia hay dos épocas intersexuales: una de juventud, el renacimiento, y otra, de climaterio o paso a la vejez, el romanticismo. Son también las épocas de más suicidios. Respecto al romanticismo europeo como al romano, no hará falta que reproduzca lo que acabo de decir en un libro "El hombre romántico" (interpretación). En el renacimiento griego como en el europeo, menudearon también los suicidios. Con el libre examen, se suicidaron muchos literatos, por ejemplo, George Besler, e intentaron suicidarse Lutero, Jerónimo Weller y muchos más.

En cambio en las épocas muy femeninas como las edades medias, no hay suicidios en el sentido de deseos de matar, como no son grandes las guerras, pero hay fuertes deseos de dolor, de expiación y de muerte. El año mil fue el tiempo en que todos veían el fin del mundo y los flagelantes y los suplicantes erraban por las aldeas y los castillos. Es también el tiempo de las Cruzadas que continúan hasta el siglo siguiente. Y las Cruzadas expresan el deseo, no de matar, no de guerrear, sino de morir, un suicidio colectivo y expiatorio, en holocausto al Señor.

La voluntad de anónimo y encubrimiento que se percibe en todas las edades medias de la historia (y que, ahora, al comienzo de ésta, se perciben en el cine) denuncia una profunda tendencia al oscurecimiento y la muerte. Nunca se ama más al morir que en la plenitud de las edades medias. La arquitectura es pegada a tierra y fu-

---

(23) — Novoa Santos: "La inmortalidad y los orígenes del sexo". pág. 80.

neraria. La casa, como el castillo, tiene aspecto de cueva, algo cerrado y silencioso, como una tumba. En la Edad Media europea sólo se piensa en la "otra vida", y por lo tanto, en la muerte. Todo está pensado a lo divino y para lo extra-terrenal, como ya hicieron el griego y el egipcio poniendo junto al cadáver víveres y dinero. El Estado mismo es "La Ciudad de Dios". Peregrinaciones y romerías y cruzadas son siempre un rastrear de tumbas. Se busca la tumba del apóstol Santiago, la del Rey Artús, la de Cristo en Palestina. Y Roma, la Ciudad Eterna es objeto de amor precisamente porque es la ciudad eterna y celestial, como antes fue Jerusalén. La cúpula de San Pedro denuncia, un monumento funerario. También en las luchas homéricas (en plena Edad Media), se lucha por el nombre, por la fama, pero más hondo y rico es el placer goloso de morir. En el "Ajax" de Sófocles se dice: "Dulce, tumba, me estás llamando?" También en la Edad Media china todo el campo es cementerio, camposanto. En fin, los Padres de la Iglesia inauguran la Edad Media europea, meditando sobre la muerte y esperándola, como los monjes. San Francisco llamaba a la muerte corporal, "hermana". Y en los romanticismos que son preludios de las edades medias (pues en la historia, la vejez antecede a la infancia) al reactivarse lo femenino del hombre, se nota en muchos hombres, suicidios, melancolías, nostalgias, desfallecimientos, hipotensión anímica y formas de neurosis de ansiedad, como de quien desea morir. Hölderlin decía que la vida del hombre está saturada de una dionisiaca alegría de morir. Novalis ha cantado a la muerte como suprema libertadora. Kierkegaard como Bécquer, Leopardi o Lamartine, acarician la idea de morir. Y Reiner María Rilke ha cantado la dulce muerte como suprema valoración de la vida. Se comprende por qué el Romanticismo ha cantado lo lúgubre, lo oscuro, el cementerio y la muerte. Y la gloria misma la entendían el poeta o el artista como tributo e iluminación póstuma. Primero morir y después la gloria de los hombres.